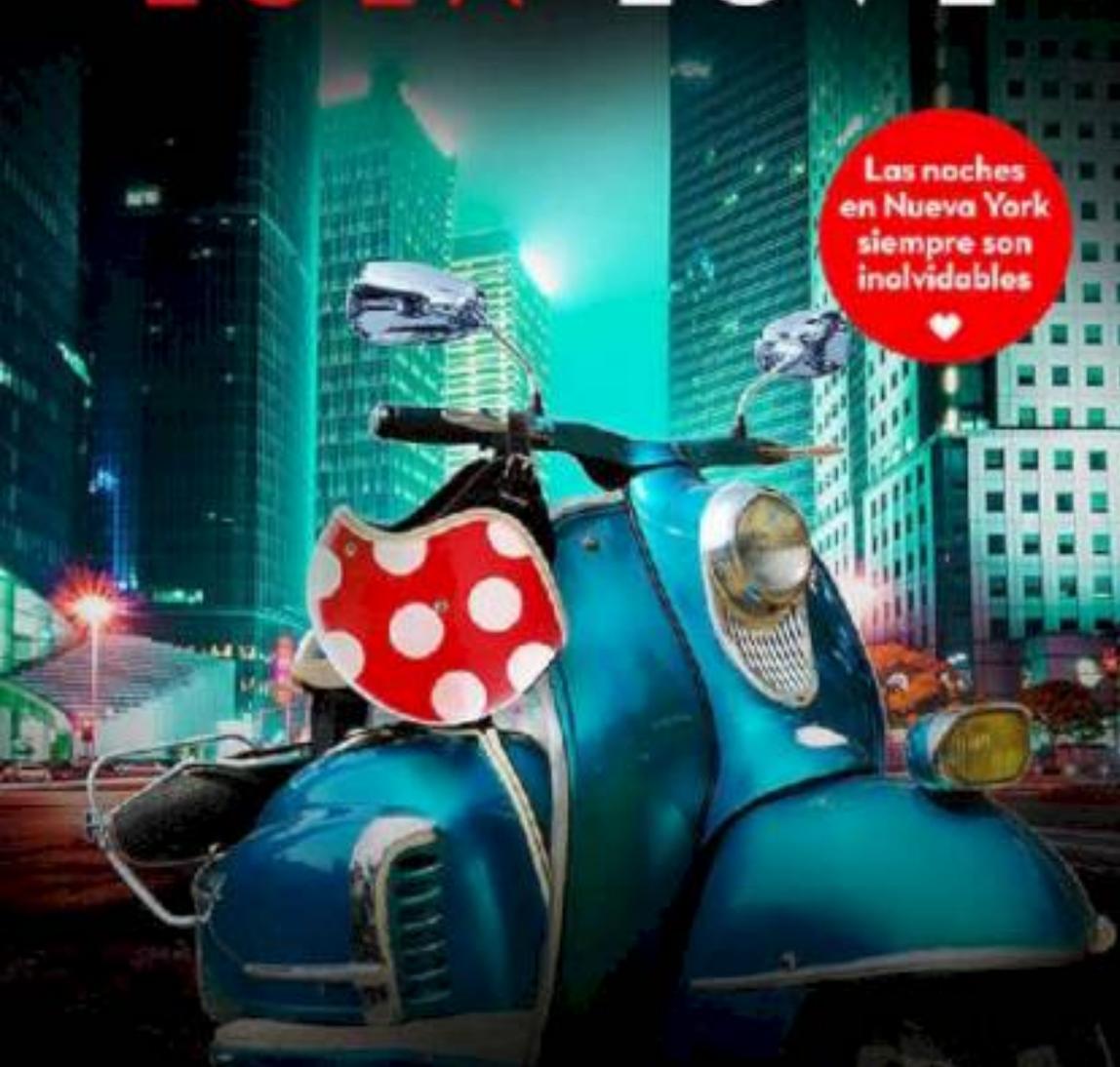


CRISTINA PRADA

MANHATTAN LOLA LOVE

Las noches
en Nueva York
siempre son
inolvidables



Manhattan. El club de moda. La mejor música. Lola, Katie, Mackenzie y Lara. Y ellos, siempre ellos. ¿Hay una combinación mejor?

Adéntrate en esta historia y descubre más de Donovan y Pecosá, de Lara y Jackson, de Colin ¿y Mackenzie? y, sobre todo, averigua qué hará la inigualable Lola cuando tenga que decidir entre el príncipe de cuento que parece creado para ella o el hombre que de verdad hace que le tiemblen las rodillas. Lola es una chica lista, pero ¿lo será lo suficiente para saber qué es lo que conviene en una sola noche?

Bailará, se divertirá como nunca, la atracarán, perderá sus Manolos y, sobre todo, se enamorará. ¿De Adam o de Max? Se admiten apuestas. Estamos en Nueva York y aquí todo es posible.

1

9.47 p. m.

—¿Pelo suelto o recogido? —me pregunta Mackenzie bajo el umbral de la puerta de mi habitación, asiendo y soltando su preciosa melena rubia.

Me llevo el bote de rímel con el que me estaba retocando las pestañas a los dientes y la observo sopesando las opciones.

—Con ese vestido, recogido —me decido al fin.

Mackenzie asiente y sonrío.

—Tienes un gran gusto para la moda, pequeña —responde apuntándome con el índice—, por eso siempre estamos de acuerdo.

Yo le devuelvo el gesto, dejo el rímel sobre la cómoda y me retoco mis ondas negras con los dedos. Tengo muchas ganas de salir esta noche. Llevamos dos semanas de infarto en la oficina.

—Lola, ¿quieres terminar de una vez? —me pide Katie a voz en grito desde el salón—. Vas a ser la más guapa de las tres sin asomo de dudas, así que deja de esmerarte tanto.

Sonrío de nuevo a la vez que giro sobre mis Manolos para ver en el espejo cómo me queda el vestido por detrás. Sin embargo, soy incapaz de apartar la vista de mis nuevos zapatos. ¡Me encantan!

—Se te están pegando los modales del insufrible de tu prometido —me quejo socarrona entrando en el salón.

Katie me hace un mohín, pero casi en el mismo instante una boba sonrisa se cuelga en sus labios. Apuesto a que ha

sido oír la palabra *prometido* y pensar en él.

—Tierra llamando a Katie —bromea Mackenzie—. ¿Te importaría volver al mundo real con nosotras y dejar de fantasear con cabronazos buenorros alemanes?

—¿Tienen que ser alemanes? —replica.

—No lo sé. ¿De dónde es Jackson Colton? —añado.

—Él y su pedestal son *made in Nueva York* —responde Mackenzie frunciendo los labios.

—Colin es americano-irlandés —sentencia Katie.

Las tres nos miramos y estallamos en risas. Por mucho que tenga ganas de prenderle fuego al despacho de Donovan Brent, he de reconocer que esos tres sinvergüenzas están buenísimos.

—Bueno, señoritas, pongámonos en marcha —digo dirigiéndome a la puerta—. Manhattan nos espera.

Me acerco al bordillo de la acera y silbo al más puro estilo Carrie Bradshaw para parar un taxi. Apenas un segundo después, un Chevrolet amarillo se detiene junto a nosotras.

—Buenas noches —saludo al conductor—. Al 175 de la 26 Oeste.

Vamos al Electric House of Natives, el club más de moda en Manhattan. Empezó siendo el sitio por excelencia para ir a bailar los miércoles y ha acabado convirtiéndose en cita obligada para todos los neoyorquinos.

—Lara nos espera allí —comenta Katie mirando su iPhone—. Irá con Jackson y los chicos desde la oficina.

—Aún no puedo creerme que Jackson Colton tenga novia —replica Mackenzie con la mirada perdida al frente.

La entiendo perfectamente. Jackson es de esa clase de hombres que todas pensábamos que moriría soltero, como un cálido faro al que agarrarte las noches en las que te da por beber tequila, comer helado de chocolate y pensar que tú también vas a morir sola. Es una estupidez, pero reconforta pensar que un hombre así estará siempre disponible.

Primero cayó Adam Levine y ahora él. Si alguien me dice que Chris Pine va a casarse, creo que romperé a llorar.

—Seguro que es increíble, guapísima, con unas piernas de infarto y una colección de minivestidos de Stella McCartney que quita el hipo —continúa Mackenzie sacándome de mi ensoñación.

Katie y yo nos miramos. No podría estar más equivocada. Lara es increíble, pero lo es por unos motivos completamente diferentes. En silencio, sonreímos cómplices y prestamos atención a nuestras respectivas ventanillas. Me muerdo por ver la cara que pone cuando la vea.

—¿Y qué hacen tres chicas como vosotras solas en la ciudad? —pregunta el taxista.

—Nos vamos de fiesta —respondo resuelta con una sonrisa.

En otras circunstancias lo mandaría al diablo, pero el hombre tiene como sesenta años. Está claro que lo pregunta preocupado de verdad y no para intentar ligar.

—Y vamos a beber, muchísimo —añade Mackenzie sólo para provocarlo—, y puede que a intentar ligar.

El taxista la mira por el espejo retrovisor y sonríe con algo de malicia.

—Más os vale no hacerlo en ese orden.

Las tres lo observamos con los ojos como platos y su sonrisa se ensancha.

—Mi hermana lo hizo una noche de 1967 y tuve que ver a ese gilipollas todos los días de Acción de Gracias durante cuarenta y siete años —se explica.

Las chicas y yo nos miramos sin saber qué decir.

—¿Murió? —inquieta Katie con cautela.

Mi pelirroja nunca es capaz de callarse una pregunta.

—¡Claro que no! —responde el hombre divertido—. Mi hermana volvió a salir otra noche, volvió a hacerlo todo mal y encontró a uno aún más gilipollas. Ha conseguido que eche de menos al primero.

Las tres nos miramos de nuevo y casi en ese mismo instante todos, taxista incluido, estallamos en risas.

Nos pasamos el resto del trayecto charlando. Nos cuenta que vive en Brooklyn con su mujer, Alice, sus tres chicas y su nieta. Sólo son unos minutos, pero me cae realmente bien. Parece un tipo fantástico.

Nos deja a unos pasos del club, pagamos la carrera y salimos del vehículo.

—Lola —me llama sacando su brazo por la ventanilla y apoyando la palma de la mano en la carrocería del coche.

Al oírle, desando el par de pasos que nos separan.

—Toma —dice tendiéndome una tarjeta con su nombre y su número de teléfono—. Tú pareces la más madura de las tres, por eso te lo digo a ti: tened cuidado. Si me necesitáis, llamadme. Estaré aquí en un segundo.

Mi sonrisa se ensancha al tiempo que cojo la tarjeta. No me equivoqué cuando pensé que era un buen hombre.

—Muchas gracias, Tony.

Se despide con un gesto de mano y su taxi se aleja calle arriba. Me guardo la tarjeta en mi *clutch* de Edie Parker y sigo a las chicas hacia la puerta del local.

—¡Este sitio es increíble! —grita Mackenzie para hacerse oír por encima del *Light it up*^[1], de Major Lazer, que suena a todo volumen.

Le hago un gesto a las chicas y nos abrimos paso con muchísimo tesón hasta la barra.

—¿Margarita? —pregunto a Mackenzie.

Ella asiente y Katie nos fulmina con la mirada. Apuesto a que se muere de ganas de asentir también.

Me encaramo a la barra, pero, cuando estoy a punto de pedirle nuestras copas a la camarera, mi móvil comienza a sonar al fondo de mi diminuto bolso. Lo saco y miro la pantalla. No me lo puedo creer. Es mi jefe.

Refunfuño con la vista clavada en mi BlackBerry y finalmente descuelgo.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Seseña? —respondo displicente.

—Necesito que mañana vengas a primera hora a la oficina.

¿Qué? ¡No puede estar hablando en serio!

—Señor Seseña, me encargué personalmente de que todo estuviera listo para su reunión del lunes. No queda nada por hacer —me explico tratando de mantener la compostura.

Y, por si no lo sabes, es sábado, pendejo, y llevo las dos últimas semanas trabajando dieciséis horas al día para ti.

—Hay algunos asuntos de última hora. Esto tiene que quedar perfecto, Lola. Ya lo sabes. Mañana a las ocho en punto en el despacho.

Antes de que pueda negarme de cualquier manera, el señor Seseña cuelga. De malos modos, meto mi BlackBerry en el bolso y resoplo. Mi vida es un asco.

—¿Qué te sirvo? —preguntan al otro lado de la barra.

No me lo puedo creer. Me merezco que me pague una semana en Cabo San Lucas y en lugar de eso va a hacerme trabajar en domingo, otra vez.

—¿Qué te sirvo? —repiten.

Debería plantearme buscar otro empleo. Resoplo de nuevo. Eso tampoco me sirve. Me encanta mi trabajo y soy muy buena. Sólo me gustaría que el señor Seseña fuese capaz de ver todo lo que hago por él y, como mínimo, yo qué sé, intentara ser más amable. Parece que eso es lo primero que les enseñan mientras estudian empresariales en Columbia: «vuestras secretarias os salvarán la vida, pero, por Dios, nunca se lo hagáis ver o jamás permitiremos que os nombren empresarios del año en la revista *Forbes*».

Eso sí que es un asco.

—Encanto, ¿vas a decirme de una vez qué te pongo?

No ha sido lo que ha dicho, que también, ha sido cómo lo ha dicho, muy arrogante y muy seguro de sí mismo, co-

mo si tuviese clarísimo que llamarme *encanto* va a alegrarme la noche. No podría estar más equivocado.

Inmediatamente alzo la cabeza. Un chico con el pelo negro y unos espectaculares ojos castaños está al otro lado. Es muy muy guapo.

—Tres margaritas, uno sin —respondo sin achantarme—, y ya estás tardando.

Asiente con una impertinente media sonrisa en los labios y comienza a preparar las copas. Algo me dice que he reaccionado exactamente como esperaba. Esa idea me molesta. Lo observo con más detenimiento. Lleva unos vaqueros oscuros y una elegante camisa blanca remangada bajo un chaleco negro. El típico *look* de camarero, pero que su armónico cuerpo luce increíblemente bien.

—Soy Max y tengo treinta años —dice dejando las tres copas con el borde perfectamente recubierto de sal.

Carraspeo y salgo de la fotografía mental que le estaba haciendo.

—¿Y me lo cuentas por? —inquiero insolente.

Él se encoge de hombros mientras se gira para coger un pequeño cuenco de cristal lleno de limas.

—Porque imagino que eres de la clase de chica a la que le gusta saber el nombre del hombre que miran embobadas —responde como si nada, cortando ágil el cítrico y echándolo en una coctelera reluciente.

Lo observo boquiabierto. ¿Quién se cree que es?

—Nunca perdería el tiempo mirando a un hombre como tú... y he sido bastante generosa en lo de hombre.

Otra vez sonrío y otra vez tengo la sensación de que he reaccionado exactamente como esperaba. ¡Maldita sea!

Machaca las limas exprimiéndolas con una maza de madera. Abre una botella de Cointreau, echa un chorro alzando el vidrio sobre la coctelera y luego la cierra rápidamente. Se le da realmente bien. Es más que obvio que no es el primer cóctel que prepara, aunque, por supuesto, no se lo diría ni en un millón de años. No es más que un hombre

guapo, sexy y engreído; una combinación demasiado horrible.

Se gira y coge una botella de tequila blanco DeLeón. Yo vuelvo a encaramarme a la barra subiendo mis Manolos al pequeño saliente que recorre el mostrador pegado al suelo.

—No se te ocurra echar esa basura en mi bebida —digo con una sonrisa maliciosa en los labios—. No soy ninguna universitaria embobada contigo a la que puedes colarle un tequila para gringos de cuarenta dólares la copa.

Él apoya la botella en la parte inferior de la barra, se lleva la otra mano a la cadera y alza la mirada a la vez que se humedece el labio inferior.

Vaya, eso ha sido muy sexy.

—¿Y qué quiere tomar la mexicanita? —pregunta socarrón y muy muy presuntuoso.

—Silver Patrón, blanco, y no te pases con la lima, camarero.

Él sonríe, deja todo lo que está haciendo y pone dos vasos de chupito sobre el mostrador. Se acuclilla y, de debajo de la barra, saca una botella de tequila Herradura añejo. Es el mejor tequila de México y está claro que lo guardan ahí porque es el que beben los camareros. Ellos saben dónde está la calidad en una botella de alcohol.

Sirve los vasos hasta que casi rebosan y empuja uno hasta colocarlo frente a mí. ¿Quiere que me lo beba? ¿De un trago? No pensaba empezar la noche apostando tan fuerte.

Coge su chupito y me mira esperando a que haga lo mismo. Yo lo imito y enarco una ceja.

Puedes ser todo lo sexy que quieras, pero no vas a garmarme en mi propio juego.

Me lo tomo de un trago. El líquido baja ardiente por mi garganta y por un momento tengo la sensación de que me falta el aire. Milagrosamente, me contengo para no toser. Él se bebe su copa también de un golpe y deja el vaso boca-

bajo sobre la barra a la vez que me mira directa y peligrosamente a los ojos. Se cruza de brazos sobre la madera y se inclina sobre ella. Acabo de darme cuenta de que es muy alto.

—Ahora ya tienes otro motivo para mirarme embobada, Mexicanita.

Sin darme oportunidad a reaccionar, se incorpora, coge una botella de Silver Patrón, termina de preparar los margarita y los sirve en las copas rápido y minucioso.

—Y vamos a dejar una cosa clara —añade enganchando una rodaja de lima en el borde de cada copa—: aunque te hubiese puesto ese tequila para gringos, los cuarenta dólares no hubieran sido por cada cóctel —no puedo evitar fijarme en cómo sus manos se mueven con una seguridad pasmosa que, unida a su ronca y masculina voz, me tienen completamente hechizada—, sino por el espectáculo —sentencia.

Aparta las manos y yo siento que me han sacado de un sueño. Qué arrogante, engreído y ¡qué capullo! Sonríe una vez más ante mi escandalizada mirada y se aleja barra arriba.

—Habrían sido los cuarenta dólares peor invertidos de mi vida —grito haciéndome oír por encima del murmullo y de la música—. El espectáculo ha sido horrible.

Él se gira y con una sonrisa de lo más canalla me hace una reverencia como las de los actores al final de una obra de Broadway. ¡Es odioso! Resoplo furiosa y su sonrisa se ensancha antes de darse la vuelta de nuevo y seguir caminando.

¿Cómo se ha atrevido a hablarme así? Y yo, ¿cómo se lo he permitido?

Desde luego, no te reconozco, Lolita, me digo.

Cojo las copas malhumorada y me giro hacia las chicas. Tendríamos que haber ido al Indian.

—Cuánto has tardado —comenta Mackenzie.

—El camarero es odioso —respondo sin pensarlo dos veces con la mirada aún perdida en la barra.

Está preparando un par de copas para un par de chicas que lo miran como si estuviese recubierto de chocolate fundido.

—Pendejo —murmuro entre dientes.

—¿Qué? —pregunta Katie dándole un sorbo a su margarita sin—. Esto no sabe a nada —se queja inmediatamente separando el cóctel de sus labios.

Suspiro aliviada. No quiero tener que dar explicaciones sobre ese camarero engreído.

—Nada de alcohol —le recuerdo socarrona—. Tienes que cuidar de mi ahijada.

—Va a ser niño —me recuerda ella a mí.

Tuerzo el gesto.

—Ya lo sé —claudico resignada—, un pequeño Brent. Sólo espero que no se parezca a él.

Mi amiga me mira tratando de contener una sonrisa.

—Una mujer puede soñar, ¿no? —protesto.

Katie no puede aguantarse más y sus labios acaban curvándose hacia arriba.

—Va a ser un niño precioso, va a tener los ojos de Donovan y lo vas a adorar —me desafía divertida.

Frunzo los labios. Las dos sabemos que tiene razón. Definitivamente ese maldito alemán me ha ganado la batalla.

—Hablando del rey de Roma —nos interrumpe Mackenzie.

Yo me doy la vuelta y Katie alza la cabeza para poder mirar donde nuestra amiga ya lo hacía y ver entrar a los chicos. Ni siquiera el hecho de que Jackson lleve de la mano a Lara impide que la mayoría de las mujeres, al igual que a Colin y a Donovan, lo miren absolutamente hechizadas. Ellos, como siempre, parecen de otra maldita galaxia. Colton, Fitzgerald y Brent, fabricados por encargo para fulminar la lencería en diez kilómetros a la redonda.

Donovan clava sus ojos en los de Katie y camina hasta ella con el paso firme y decidido.

—Hola —susurra agarrándola de las caderas y llevándola hasta él.

—Hola —responde ella contra sus labios justo antes de que la bese con fuerza.

Cuando la obliga a andar un par de pasos hasta apresarla contra la pared, a punto de sonrojarme, dejo de mirar. Odio a Donovan Brent, pero no puedo negar que sabe cómo saludar.

—Es estar en un sitio mal iluminado y poner las manos en el pan —comenta Colin fingidamente displicente con una sonrisa burlona en los labios.

Le devuelvo el gesto. Este sinvergüenza siempre consigue sacarme una sonrisa.

—¿Un chiste de irlandeses, Fitzgerald? —pregunta socarrón Jackson.

—Un chiste de católicos, en realidad —me apresuro a responder—. Yo lo he pillado.

—Eso es porque somos los más guapos de este antro —replica Colin mirando a su alrededor.

De pronto sus ojos azules se encuentran con Mackenzie. La recorre de arriba abajo sin ningún disimulo y su sonrisa cambia a otra más sexy, más dura. Estoy asistiendo en directo al hombre transformándose en león. Mackenzie lo mira, pero rápidamente aparta su vista, perdiéndola disimuladamente entre la multitud a la vez que se muerde el labio inferior. Damas y caballeros, ahí tenemos a la inocente gacela. Yo frunzo el ceño. Espero que sepa en el lío en el que se está metiendo. Colin Fitzgerald puede ser adorable cuando quiere, pero es como el lobo disfrazado con piel de cordero, en el fondo es un cabronazo con demasiado encanto, arrogante y distante, con la mágica habilidad para que digas que sí a todos sus deseos. Y leones, gacelas, lobos, corderos y una servidora tenemos claro que la que tiene todas las papeletas para pasarlo mal es Mackenzie.

—Hola. —La suave y tímida voz de Lara llama la atención de todos.

—Hola —le devuelvo el saludo.

—Lara, esta es Mackenzie —las presenta Jackson y, cuando lo hace, aprieta con fuerza la mano de su chica. Un gesto casi imperceptible, pero que, no sé por qué, creo que esconde mucho más—, trabaja con Lola en la oficina de Charlie Cunningham y antes lo hacía para nosotros. Mackenzie, ella es Lara, mi novia.

Mackenzie asiente y sonrío, pero no es hasta que escucha las últimas palabras de Jackson que no sale de su ensoñación americanoirlandesa. Abre mucho los ojos y la observa sin poder creérselo del todo. Sabría que pondría esa expresión.

—Hola —responde al fin.

Jackson se humedece el labio inferior y se inclina sobre su chica para darle un beso en el pelo. Nadie se imaginaba que un hombre como él acabaría con una chica como Lara. Ella tiene que tenerlos muy bien puestos para plantarle cara.

Colin y Donovan van a la barra y regresan con una ronda de bebidas para todos.

—¿Cómo es que os habéis quedado trabajando hasta tan tarde? —pregunto.

No es que sea algo raro en ellos, pero normalmente saben repartirse muy bien las tareas para evitar que los tres tengan que pringar en la oficina hasta esta hora un sábado por la noche.

—No lo sé, pero me niego a que se repita —replica Colin tras bufar indignado—. Trabajar hasta tan tarde cuando debería estar bebiendo me pone de mal humor.

Jackson sonrío.

—Que se lo digan a tu pobre secretaria —bromea Colton.

—Claro —replica Colin divertido—, porque la tuya va a nombrarte jefe del año. Esa mujer vive con miedo a no gra-

par los papeles a dos centímetros de la esquina superior izquierda.

Jackson se humedece el labio inferior de nuevo aguantándose la lindeza que está pensando en soltarle a su amigo, probablemente porque sus perfectos modales de Glen Cove le impiden hacerlo delante de su novia.

—Deberíamos encontrarle pareja —propone Lara.

—¿A quién? —pregunta Colin llevándose su vaso bajo con Glenlivet a los labios—. ¿A la secretaria de Jackson? La palabra que buscas es *gigoló*.

—No —responde al borde de la risa. Es un auténtico sinvergüenza—. Me refiero a la tuya.

—De eso nada —gruñe.

—¿Por qué, capullo? —inquire Jackson.

—Porque no quiero que la distraigáis. Me gusta ser el único hombre de su vida —responde socarrón, impertinente y posesivo, pero no como un hombre con su chica, sino más bien como un niño con su madre.

—Eres un gilipollas —sentencia Jackson también al borde de la risa.

Colin se encoge de hombros ignorando a su amigo.

—¿Qué tal si buscamos un sitio más cómodo? —propone.

Todos asentimos. Los reservados de esta disco son espectaculares. El irlandés da un par de pasos, coge a Mackenzie de la muñeca y echa a andar obligándola a seguirlo.

—Oye —se queja ella absolutamente encantada.

—Este sitio está muy oscuro —replica socarrón—. No quiero perderme.

Ella sonrío tratando de que el gesto no se haga tan grande que le parta la cara en dos. Yo también sonrío y me cruzo de brazos siguiéndolos. Lo dicho, este chico ni siquiera conoce el significado de la palabra *vergüenza*; además, seguro que debe de tener una vida sexual de lo más interesante.

De pronto noto un traje de seda italiana de cinco mil dólares chocar contra mi bonito vestido de Alexander McQueen.

—Vigila por dónde vas —se queja un ejecutivo malhumorado, sacudiendo su mano empapada y después su chaqueta igual de mojada.

—Lo siento —me disculpo dando un paso atrás.

El vodka que está esparcido por toda su ropa también tiene pinta de ser muy caro.

—¿Y eso de qué me vale? —protesta aún más borde.

Se acabó la Lola dulce y arrepentida.

—¿Cómo que eso de qué te vale?

Gilipollas.

—Este traje vale más que todo tu armario.

—Eso lo dices porque tú no has visto mi armario —replifico impertinente cruzándome de brazos de nuevo.

—Vas a pagarme la tintorería —me espeta.

—Creo que no será necesario.

Una voz suave y masculina atraviesa el espacio a mi espalda y nos silencia a los dos.

—La chica se ha disculpado y, de todos modos, es obvio que ha sido un accidente.

El propietario de esa voz da un paso adelante y un hombre alto, rubio y con los ojos verdes aparece ante mí. Lleva un traje impecable que le sienta como un guante. Rezuma elegancia por los cuatro costados.

El primer tipo lo mira de arriba abajo con cara de pocos amigos, pero finalmente asiente.

—Debería decirle a su amiga que tenga más cuidado.

—Apuesto a que está muy arrepentida.

Esta especie de caballero andante me mira y sonrío. Una sonrisa brillante y perfecta que no tengo más remedio que imitar.

—Ten más cuidado —repite el idiota mirándome y echando a andar al fin.